

migos. El amor de Dios manifestado en el sacrificio conduce al hombre hacia el Padre (Juan 12:32) y le inculca el deseo de amar a Dios en señal de agradecimiento. «Nosotros le amamos a El, porque El nos amó primero.» (I Juan 4:19.)

No tan solo el hombre recibe el deseo de vivir una vida de victoria sobre el pecado, sino que Dios muestra al hombre la verdadera forma de vivir. Cristo en su pureza, es ejemplo vivo, que inspira al hombre a vivir una vida agradable a Dios (I Pedro: 2:21-22). La Biblia es el libro que Dios ha dado al hombre para revelarle Su voluntad y guiarle rectamente (II Timoteo 3:16-17). También Dios ha enviado al Espíritu Santo para capacitar y ayudar a los cristianos a vivir una vida santa (Romanos 8: 26-27, Efesios 3:16), y las promesas de una salida para escapar de cada tentación (I Corintios 10:13).

C. EN CRISTO, DIOS BENDICE NUESTRAS VIDAS

Siguiendo el camino de la verdad revelado en la Biblia, el hombre encontrará que «la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente y de la venidera» (I Timoteo 4:8). La salvación tiene valor temporal y a la vez eterno. En esta vida Dios da a los salvos bendiciones espirituales (Efesios 1:3), morales y físicas. Los salvos conocen por experiencia la verdadera felicidad (Mateo 5:3-11), y se les promete suficiente provisión de comida, vestido y cobijo (Mateo 6:25-33). Dios asegura que el fruto de su piedad hará un mundo mejor (Gálatas 5:22-23), y producirá aquellas características que darán fin al odio, amargura y opresión. También promete que los justos serán de bendición a todas las naciones del mundo (Proverbios 14:34).

D. EN CRISTO, DIOS DA VIDA ETERNA

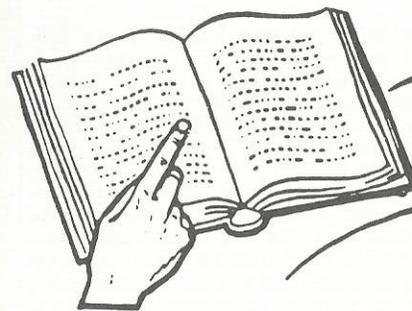
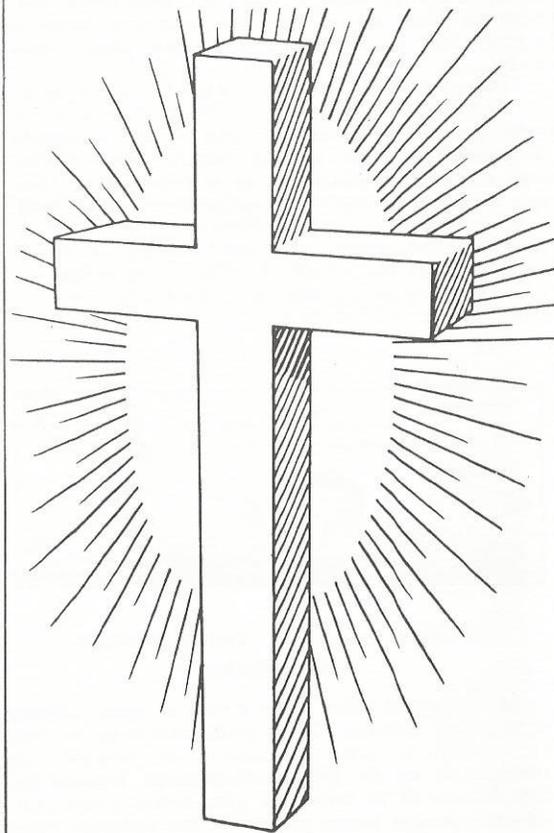
Las bendiciones que trae consigo la salvación serán mucho mayores en la otra vida. Por la resurrección de Cristo los redimidos tienen la esperanza viva de una vida en el cielo que no tendrá fin (I Pedro 1:3-5). Si Jesús hubiese permanecido en el sepulcro o sucumbido ante el enemigo, la esperanza cristiana hubiera muerto con El (I Corintios 15:17-19); pero porque resucitó, los cristianos serán también levantados con poder para recibir la gloria inmortal (I Corintios 15:51-54). Pablo afirma que «las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:18).

La salvación que Cristo nos ofrece es completa. En El, Dios da perdón, poder para vencer al pecado, múltiples bendiciones en esta vida y vida eterna en el mundo venidero. ¡Cuán maravilloso don! La salvación es sin duda de mucho más valor que todas las riquezas, gloria y placeres del mundo. Decía un cristiano que quien tiene todo y no tiene a Cristo, no tiene nada; el que no tiene nada y posee a Cristo en su corazón, lo tiene todo (Mateo 16:26, Hebreros 11:25-26).

CONCLUSION

Todo hombre precisa salvarse porque todos somos pecadores y sin un salvador estamos bajo las horribles consecuencias del pecado. Dios, en su amor infinito para con los pobres pecadores, provee la salvación en Cristo Jesús. El vivió la vida perfecta que nosotros no podíamos vivir; murió para satisfacer el castigo que trae consigo el pecado y resucitó para darnos una esperanza que no merecíamos. En Cristo, el hombre encuentra salvación completa y gratuita, el perdón de los pecados, poder para vencer el pecado y maravillosas bendiciones espirituales en la tierra y en el cielo, desde ahora y para siempre. La salvación es ciertamente «el don de Dios» en Cristo nuestro Señor (Efesios 2:8). Una salvación tan grande es de un valor incommensurable.

Las Sagradas Escrituras hablan de la invitación de Cristo para que todo hombre acepte la salvación (Mateo 11:28-30). En la próxima lección veremos cómo todo hombre puede aceptar «el don de Dios».



ESTUDIOS DE LA BIBLIA

LECCION IV

LA SALVACION, DON DE DIOS

Hemos visto en las tres lecciones precedentes que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y la única y suficiente autoridad en materia religiosa. También ha quedado demostrado hasta la saciedad que el mensaje central de la Biblia es la salvación de los pecadores. Veamos ahora lo que la Biblia dice acerca de la iniciativa de Dios para salvar al hombre.

I. EL HOMBRE TIENE NECESIDAD DE SALVACION

El hombre necesita ser salvo, y esta acuciante necesidad puede expresarse con una palabra causal: PECADO. Esta necesidad imperiosa es mejor comprendida cuando uno se da cuenta de (1) lo que el pecado significa (2), la universalidad del pecado y (3) las horribles consecuencias del pecado.

A. EL SIGNIFICADO DEL PECADO

Pecado es una transgresión a las leyes de Dios (I Juan 3:4). La palabra pecado significa literalmente «fallar la diana». La «diana» es la perfecta voluntad de Dios. En suma, una vida en desacuerdo con la voluntad de Dios, «falla el blanco», y peca.

La causa del pecado es la egolatría humana o una falta de amor a Dios y al prójimo. Amor a Dios trae como resultado la perfecta obediencia a la ley de Dios (Juan 14:15, 21, 23-24) y el aprecio al prójimo (Romanos 13:10). El pecado en el hombre procura satisfacer sus propias pasiones, sin tener en cuenta ni a Dios ni al prójimo (Santiago 1:14-15).

Toda clase de pecado empieza en el corazón del hombre por un pensamiento perverso (Mateo 15:18-19). Cuando el hombre se doblega ante un mal pensamiento, aunque no lo ponga en acción, peca. Por eso Jesús dice: «Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón» (Mateo 5:28).

Del corazón perverso proceden dos clases de pecado (1): el activo y (2) el pasivo, o bien, el de comisión y omisión. El pecado activo se efectúa cuando el hombre hace lo que Dios prohíbe. Por ejemplo, cuando Adán y Eva comieron del fruto

que Dios les había dicho no comiesen (Génesis 3), pecaron de forma activa. La ley de Dios en el Nuevo Testamento prohíbe maldecir, adular, odiar, airarse, envidiar, mentir, causar disensiones, robar, emborracharse, etc... (Gálatas 5:19-21, Romanos 1:29-32, I Corintios 6:9-10.) Todo el que practica estas cosas peca activamente.

(2) Pecados pasivos son los que uno comete cuando omite obedecer lo que Dios ordena. Por ejemplo, un hombre moralmente perfecto que no obedece el Evangelio, peca porque desatiende someterse a la voluntad de Dios (Hebreos 2:3, II Tesalonicenses 1:7-8). Dios manda también criar a nuestros hijos en disciplina y amonestación del Señor (Efesios 6:4); obedecer las leyes civiles y a las autoridades (Romanos 13:1-7); aumentar en nuestra vida la fe, virtud, sabiduría, templanza, paciencia, piedad y amor (II Pedro 1:5-10). Fracasar en la obediencia de estos mandamientos es pecado, porque Santiago dice: «El que sabe hacer lo bueno y no lo hace, le es pecado.» (Santiago 4:17.)



Así que cualquier transgresión a la ley de Dios, ya sea activa o pasiva, es pecado. ¿Y quiénes cometen pecado?

B. LA PRESENCIA UNIVERSAL DEL PECADO

¿Quién osa decir que nunca cometió una obra mala, que siempre hizo bien, que nunca tuvo un mal pensamiento y jamás miró primero sus propios intereses? Las Escrituras dicen con voz de trueno:

«No hay justo, ni aun uno; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno...», por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios.» (Romanos 3:10, 12, 23.) «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.» (I Juan 1:8.) Ningún ser humano ha escapado de la trágica influencia del pecado. ¿Considera Dios pecador a una persona moral que sólo ha cometido unos pocos pecados? La Biblia dice sobre el particular: «Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos.» (Santiago 2:10-11.) Si guardamos todos los mandamientos de la ley de Dios excepto uno, nos hacemos culpables de todos. Un solo pecado es un eslabón roto en la cadena de la ley de Dios. Si hemos codiciado una sola vez, o mentido o tenido un mal pensamiento, ya somos pecadores delante de Dios. La Biblia no clasifica los pecados en mortales o veniales. «El que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.» (Lucas 16:10.) Cualquier clase de pecado nos hace culpables ante Dios y deviene mortal si no nos arrepentimos sinceramente de él (I Juan 5:16-17, 1:9).

¿Y qué acerca de los que ignoran lo que es pecado?, algunos preguntan. Las Escrituras dicen que en el pasado Dios hizo caso omiso a la ignorancia tolerándola, pero «ahora manda a todos los hombres, en todo lugar, que se arrepientan» (Hechos 17:30). Los que ignoran la voluntad de Dios tienen ahora la responsabilidad de «buscar a Dios» (Hechos 17:27). Aquellos que de forma pasiva permanecen en la ignorancia, serán juzgados según su actitud (Lucas 12:47-48).

Siendo así, ni el hombre más ignorante, ni el más perfecto, permanece inculpa ante Dios. Nadie ha obedecido perfectamente la ley de Dios, pues todo hombre ha pecado alguna vez en su vida, y ese viejo pecado sigue manchando su corazón. No importa la cantidad o calidad de sus buenas obras hechas después para borrar el pecado, ya que la Biblia dice que las buenas obras no pueden quitar el pecado del alma (Efesios 2:8, Tito 3:5).

Siendo que todos somos pecadores, ¿acaso es cosa mala serlo?

C. LAS TERRIBLES CONSECUENCIAS DEL PECADO

Es de suma importancia saber que todos los hombres han pecado a causa de las funestas consecuencias del pecado.

El pecado debe ser castigado. Porque Dios es justo, debe corregir al desobediente. En cualquier parte del mundo la justicia demanda un castigo ejemplar para todo transgresor de la ley. El juez que deja de sentenciar al delincuente no es un juez justo. Del mismo modo la justicia de Dios exige que todo ofensor de la ley Divina sea castigado. En el día del «justo juicio de Dios», El «pagará a cada hombre conforme a sus obras» (Romanos 2:5-8).

Las consecuencias del pecado de Adán fueron la

muerte física y las tristes penalidades de la vida. Dios castigó el primer pecado con sudores en la frente del hombre y grandes dolores en el parto de la mujer. Después les echó fuera del hermoso jardín del Edén y sentenció su muerte y la de las generaciones venideras (Génesis 3). «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre (Adán), y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.» (Romanos 5:12.) Pablo dice que «en Adán todos mueren» (I Corintios 15:21-22). Los hombres no llevan la mancha del pecado de Adán, sino sus consecuencias, como son la muerte y los sinsabores de la vida. De la misma forma, a veces los hijos de un padre borracho sufren las consecuencias, pero nunca son culpables de ello.

Las consecuencias del pecado personal. Si bien todo hombre está condenado a morir a causa del pecado adámico, es tan sólo a causa de su propio pecado que muere espiritualmente. La Biblia dice: «El alma que pecare, ésa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo.» (Ezequiel 18:20). Note bien que el pecado adámico o de nuestros padres no es la razón de la muerte espiritual, sino nuestro propio pecado. Los niños no están sujetos a la muerte espiritual porque no son capaces de pecar. Jesús dice que los niños son salvos porque de niños está compuesto el reino de los cielos (Mateo 18:2-5, Lucas 18:16).

La muerte física acontece en el preciso instante que el espíritu se separa del cuerpo (Santiago 2:26), y la muerte espiritual cuando el hombre vive separado de Dios, que es vengero de la vida espiritual. Así dice el profeta Isaías: «Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de vosotros.» (Isaías 59:2.)

1. En esta vida, el pecado hace al hombre «estar muerto» (Efesios 2:1), vivir ajeno a la vida de Dios (Efesios 4:18) y no recibir las bendiciones espirituales que Dios otorga. En este estado de muerte espiritual, el pecado hace «entenebrecer el entendimiento» (Efesio 4:18), perder la sensibilidad (Efesios 4:19), paraliza la voluntad (Romanos 7:14-23) y esclaviza el cuerpo (II Pedro 2:19). El alcoholismo, las drogas y otros vicios, son ejemplos terribles del poder cautivador del pecado sobre el cuerpo y la mente del hombre.

Los frutos del pecado individual, además de la muerte espiritual, están bien demostrados en la miseria moral que nos rodea. El pecado es la causa de las guerras y persecuciones en los gobernantes; estafas y sobornos en los negocios; prejuicios racia-



les e injusticia social; salarios mínimos por parte de los amos, y fraudes, mentiras y escaso rendimiento por parte de los empleados. Incluseros, divorciados, ancianos abandonados, pobreza e ignorancia, todo debido al pecado. Todos estos funestos resultados encuentran su explicación no en los sistemas políticos particulares, sino en el pecado de cada individuo. Si el hombre siguiera la voluntad de Dios, todas estas miserias desaparecerían; pero el hombre sigue pecando, y las terribles consecuencias siguen pesando sobre la raza humana como una fría losa sepulcral.

2. En la otra vida, las consecuencias del pecado serán todavía más funestas: la eterna separación de la presencia de Dios. Pablo dice que «el inicio será quitado de enmedio y destruido con el resplandor de Su venida» (II Tesalonicenses 1:7-9). Este estado de eterna separación llevará finalmente al castigo eterno (Mateo 25:46), llamado algunas veces «la muerte segunda». «Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos, tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.» (Apocalipsis 21:8.)

Todo es el resultado del pecado. Debido al «pecado Adámico» debemos morir y sufrir las penas de la vida; a causa del pecado personal vivimos en estado de muerte espiritual, y en la vida por venir, el castigo eterno y la separación de la presencia de Dios nos esperan. En cuanto todos pecamos, todos estamos bajo las funestas consecuencias del pecado. Una sima profunda separa al pecador de Dios. Hundido en el cienago del pecado, el hombre no puede salvarse a sí mismo, y ante tan crítica situación sólo puede clamar a Dios para que le envíe un salvador.



II. DIOS SALVA A TODO HOMBRE POR CRISTO

La justicia de Dios no le obliga en modo alguno a salvar al pecador. Como transgresores de Su ley, su condena es justa. Únicamente el inocente que obedece la ley de Dios perfectamente, alcanza las bendiciones de la salvación, pero todos somos condenados porque somos pecadores. Sin embargo, Dios no es tan sólo justo; es también amor y misericordia (Romanos 11:22, I Juan 4:8), y por eso no quiere que «nadie perezca» (II Pedro 3:9), sino que «todos los hombres sean salvos» (I Timoteo 2:4). ¿Cómo puede Dios ser justo si por un lado exige

perfecta obediencia y subsecuente castigo al pecado y por otro es misericordioso por cuanto ofrece salvación al pecador?

La respuesta nos la da Dios en Jesucristo. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree no se pierda, mas tenga vida eterna.» (Juan 3:16). Solamente Cristo es capaz de ser el mediador de Dios para que los hombres reciban las bendiciones de la salvación (I Timoteo 2:4-6). Únicamente por medio de El, el hombre puede acercarse a Dios de forma aceptable (Juan 14:6, Colosenses 3:17). Su sacrificio vicario es suficiente para salvar al hombre de todos sus pecados (Hebreros 7:27, 10:4).

A. DIOS PERDONA EN CRISTO

Dios puede perdonar al pecador ya que Cristo cumplió con las exigencias de la ley que demanda obediencia perfecta y castigo por el pecado. Todos los pecadores merecen ser castigados, pero Jesús vivió la vida perfecta que el hombre no puede (I Pedro 2:22), y vino a ser el primer hombre que no merece una punición por el pecado. Cristo murió en una cruz, como un criminal, siendo un inocente, y allí sufrió el castigo del pecado humano. ¿Por qué?

La vida perfecta de Jesucristo y su muerte inmerecida, permitió a Dios poder aceptar el sacrificio de Su Hijo como el castigo por el pecado de otros (I Timoteo 2:5-6), y así Su justicia quedaba satisfecha. Cristo no sufrió por sus pecados, sino por los nuestros. «El mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero» (I Pedro 2:24), y «padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.» (I Pedro 3:18.) Dios, «al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en El» (II Corintios 5:21).

En Cristo «tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados» (Efesios 1:7). ¡Qué don más maravilloso! Dios ofrece al pecador la justicia que Cristo obtuvo a costo de su muerte. Jesús sufriendo en esta vida para que nosotros pudiéramos escapar de los sufrimientos de la vida futura.

Jesús cumple la demanda de justicia y misericordia. «El es el justo y el que justifica.» (Romanos 3:26.) Es «justo» porque cumplió con la deuda que habíamos contraído con la justicia divina, y es «justificador» porque aceptando morir como castigo de nuestros pecados, somos declarados justos por Dios (Romanos 3:23-26).

B. DIOS DA EN CRISTO PODER PARA VENCER EL PECADO

Dios da al hombre el deseo y el poder para vencer el pecado en nuestras vidas. La muerte voluntaria de Cristo en la cruz, es una gran demostración del amor de Dios para con nosotros, pues permitir a Su Hijo unigénito sufrir y morir por los pecadores, sobrepuja lo que el ser humano entiende por amor (Romanos 5:8). Pocos hombres darían su vida por sus amigos, y mucho menos por sus ene-